

minúsculas

Ilustraciones Marcela Mejía E.

Golconda

Ignacio Piedrahíta

Los nombres son luces, foquitos en la geografía de la memoria. Los nombres de lo que vemos todos los días refulgen como las ciudades cuando son vistas de noche desde el espacio. Son los nombres que definen el presente incontestable y vanidoso. Pero, ¿qué pasa con los nombres viejos, los que pertenecen a lugares ya derruidos o inexistentes, a rostros desdibujados? Caen en el olvido irremediablemente, y porciones enteras del recuerdo van quedando a oscuras como una imagen de la Tierra de otro tiempo, cuando

quizá las hogueras apenas si echaran un pálido fuego sobre los continentes. Sin embargo, muchos de esos nombres se niegan a perder su brillo y, con el fin tal vez de renovarse, viven al acecho.

Hace poco, en *Chapolas negras*, de Vallejo, me enteré de que la finca de los Silva, la familia del poeta, en Chapinero, se llamaba Golconda. ¿Golconda? Tal vez porque mientras leía no quería detener la voz de un narrador enfebrecido, o por estar el Larousse fuera del alcance de la mano perezosa, lo dejé pasar. Pero una semana después, leyendo desencantado y a saltos la novela *De Sobremesa* del poeta Silva, me encontré, sobre los entrepaños de una descripción indigesta, con unas “perlas rosadas de Golconda”. Si los nombres

que conocemos algo nos dicen, los desconocidos no los vemos y no nos asustan, y pretendemos creer que ni siquiera fuera necesaria su existencia. Después de Silva cayó en mis manos *Viaje a Rodrigues*, del nobel Le Clézio, y no muy avanzado el maravilloso librito me encontré con lo siguiente: “¿No era acaso un tesoro, el fabuloso botín procedente de las rapiñas de El Buaró, o de England, el oro y las joyas del gran mogol, los diamantes de Golconde?”. Evidentemente se trataba del mismo lugar; un lugar con seguridad pleno de piedras preciosas que se negaba a dejar de palpitar desde alguna comarca del pasado. En cuestión de semanas, Golconda había aparecido tres veces, y que yo me hubiera empeñado en ignorarla me pareció ya una manía personal.

A veces, uno está conforme con un mundo finito y estático, y siente que nada le hace falta, y de no haber mediado la escritura de esta columna, seguramente me hubiera pasado por la vida sin hacer caso a su llamado. Golconda es una antigua ciudad de la India conocida desde el siglo XII por el comercio de diamantes. La palabra Golconda viene del telugu *Golla Konda*, que para sus fundadores significaba “colina del pastor”. Enclavada de hecho en una colina rocosa de granito, esta ciudad fortificada fue un sultanato musulmán poderoso pero tranquilo hasta 1687, cuando el nefasto emperador mogol Aurangzeb lo tomó por la fuerza. Antes del siglo XVIII no se conocía en el mundo otra fuente de diamantes por fuera de la India, y se creía que todos provenían de las minas cercanas a Golconda, pero no era más que la fama de la ciudad la que hacía que piedras de otras minas de mejor calidad fueran llevadas hasta allí para venderse. En la Europa del Renacimiento el nombre de Golconda era ya sinónimo de gran riqueza, y se le aplicaba a cualquier mina particularmente rica, y a la larga a cualquier fuente de riqueza.

No es de extrañar, pues, según la naturaleza de los Silva, que así se llamara su finca, ni que José Asunción, a la muerte de su pa-

dre, hubiera tratado de ocultarla de sus acreedores para protegerla del embargo. En la imaginación del poeta siempre estaban las perlas, las joyas, las rarezas de valor, como si al pensar en ellas y rodearse de sus nombres luminosos lo vistieran de irreal esplendor. En *Viaje a Rodrigues* nada ocurre, salvo la aparición de la atmósfera de una imagen del pasado: el abuelo del narrador buscando tesoros en una isla volcánica y desierta, que de hallarlos le permitirían restaurar el nombre de su familia. En la cabeza de aquel viejo estaban, pues, los tesoros legendarios de Golconda, espejismos de una riqueza fabulosa, inasibles como los recuerdos de su nieto. Y, ¿qué es lo que hace Vallejo sino librar batallas contra el olvido, armado de papeles viejos y periódicos empolvados sobre Silva? La palabra diamante tiene origen en el término griego *adámas*, que significa invencible, indomable. Eso es Golconda: ilusión de no dejarse derrotar por los años, desvarío, delirio por la riqueza de otro tiempo; tesoros perdidos y olvidados que vuelven a nosotros con la fuerza del diamante, la más valiosa de las piedras, la más dura, la más esquiva, la más diáfana de las quimeras.

agromena@gmail.com



Oficios afines

*Arroyo claro,
Fuente serena,
Quién te lava el pañuelo
Saber quisiera.
Uno lo lava,
Otro lo tiende,
Otro le tira rosas
Y otro, claveles.*

Canción popular española

Paloma Pérez Sastre

Ningún oficio más compatible con la escritura que el de lavandera. Haré, por tanto, un elogio de la permanencia en casa.

Pensar la tarea de lavar la ropa me lleva a resolver la pregunta que tantas veces me había formulado sobre el origen de la expresión que para tal menester aún se usa en España: “hacer la colada”. Era ésta una faena dura y larga que requería la participación de varias mujeres, pues debía seguir un proceso que tardaba días, y que sólo se practicaba en primavera; el resto del año se almacenaba la ropa en el granero colgada en grandes perchas de madera. Con la llegada del buen tiempo, se llevaba la ropa a remojar en los lavaderos públicos; se dejaba todo el día en



revista
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
ISSN: 0120-2367

Rector
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general
Martiniño Jaime Contreras
Secretario general
Carlos Vásquez Tamayo

Director: Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Lina María Ruíz Guzmán
Diseñadora:
Marcela Mejía Escobar

Auxiliar administrativa:
Eugenia Álvarez Sanchez
Corrector: Andrés García Londoño

Comité editorial: Jairo Alarcón,
Sandra Arenas Grisales, Carlos
Arturo Fernández, Efrén Alexander
Giraldo, Pablo Montoya, Juan Carlos
Orrego, César Ospina, Martha Alicia
Pérez, Luz María Restrepo,
Alonso Sepúlveda.

Impresión: Imprenta Universidad
de Antioquia, Medellín, Colombia

Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:
www.udea.edu.co/revistaudea
Versión digital
www.latam-studies.com
http://oceanodigital.oceano.com/
Publicación indizada en: MLA,
Ulrich's, CLASE

Canje:
Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238
Tarifa postal reducida para libros y
revistas N.º 843 de la Administración
Postal Nacional

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

remojo, y al día siguiente se frota con un jabón rústico fabricado con grasas, aceites y sosa. Una vez lavada, empezaba el colado que consistía en la elaboración del cocido: se hervía la ropa con agua y ceniza en una caldera inmensa, de cuyo paso por el colador se obtenía una lejía. El proceso se repetía durante varios días y terminaba con el aclarado, o enjuague, con agua corriente.

Se conservan, y en algunos casos continúan en uso, los antiguos lavaderos públicos. Los hay para lavar de pie o de rodillas. La versión contemporánea son los *laundries* del primer mundo, lugares unisex propicios para leer, conversar, jugar y hasta bailar y tomar licor, como el *Laundry Bar* de South Beach, Miami, con show y banda de jazz. En Colombia, hay uno que otro lavadero antiguo en algunos conventos; pero, aunque el lavado popular colectivo sigue teniendo su escenario en ríos y quebradas, en lo fundamental este trabajo tiene un carácter individual y doméstico, bien en albercas o pocetas, bien con máquinas lavadoras. A diferencia de otros países donde en cada vecindad hay un lugar común para el lavado y secado automáticos, aquí todas las viviendas confinan los asuntos lavanderiles en una “zona de ropas”, así sea en miniatura. Aquí el paisaje urbano sólo admite la colorida exhibición de ropa colgada en balcones y terrazas de los barrios populares. Por eso, siempre me depara un deleite asomarme por las celosías del apartamento de mis vecinos, a una ventana olorosa a jabón delicado, tras la cual, invariablemente, aparecen prendas de bebé en pequeños y alineados ganchos de un solo color, ¿será que los papás no se visten?

A varias amigas mías les he oído decir que la lavadora es la paz del hogar. Debe de ser esa la

razón por la que una conocida cadena local de restaurantes, en la que sólo trabajan mujeres cabeza de hogar, a la firma del contrato, les entrega a sus empleadas una máquina lavadora que luego les descuentan poco a poco del salario. Y no es poca ayuda al agobio de la doble jornada laboral, cualquiera que haya lavado un bluyín a mano lo sabe. Así, mientras se trabaja afuera, se puede seguir “reinando” adentro, con la alianza de máquinas y jabones, en cuya publicidad aún no vemos un modelo masculino abrumado por la mugre en manteles y ropa de los niños, comparando dos detergentes a ver cuál deja más “radiantes” los colores de las telas.

Una vez le preguntaron a una mujer científica qué se necesitaba para que más mujeres ganaran premios Nobel. De inmediato contestó: “Una esposa”. Afirmación que a nosotras nos cuestiona la noción de equidad y plantea un dilema moral: alcanzar el propio deseo a costa del sometimiento de otra semejante. Vaya solución.

Pero insisto: entre las múltiples labores del hogar, no hay otra más compatible con la escritura que la de la colada. Para empezar, se separa la ropa sucia por colores y por tejidos; se escoge la temperatura del agua y el ciclo de lavado, según la delicadeza de los tejidos; se deposita la ropa en la tolva con el jabón adecuado: detergente si se trata de ropa de cama y telas corrientes; jabón líquido suave, si de lencería. Una vez empiezan las aspas a moverse, se espera a que el jabón suelte su espuma y se hunde la perilla para dejar en remojo, como en la antigua colada. Mientras tanto, se puede escribir o concentrarse en la lectura —más o menos remojo no afectará tanto las telas como lo haría una mezcla inadecuada de

colores o el uso de un blanqueador no especificado—. Luego, al volver a la cocina para hacer café y divagar un poco, se agrega el suavizante y se hunde la perilla para que la máquina, poderosa e inteligente, termine con eficiencia su labor. Otro momento de descanso dará la oportunidad de aspirar el aroma a lavanda o a flores, mientras se vacía el contenido de la canasta para ubicarlo en el tendedero. Con lo cual, a la vez que se obedece a los mandatos de permanecer en casa y consumir montones de productos de aseo, se encuentra la soledad necesaria para crear; y en vez de entonar canciones, se inventan historias.

Soledad y habitación propia con lavadora... ¡Ah, Virginia!, no somos aristócratas inglesas; no basta la habitación, hay que tener con que costeársela. Así que no nos queda otro camino que convertirnos en nuestra propia esposa.

palomaperez@une.net.co

Profesora de la Universidad de Antioquia.



La última posesión

Andrés García Londoño

Suele decirse que el cuerpo es la única posesión real de un ser humano. Que podemos perder todo lo demás, pero no eso. La razón es básica: cuando perdemos nuestro cuerpo dejamos de existir. Puede ser que para distintas religiones haya “algo más” aparte de la materia: una mente que migra

y se transmuta en el tiempo, de cuerpo en cuerpo, para el hinduismo; un alma independiente y que sobrevive a la carne para las religiones de origen semítico, como el catolicismo, el judaísmo y el islamismo. Sin embargo, lo único que, incluso desde que somos niños, sabemos —o creemos saber— sin necesidad de un mayor esfuerzo de fe, es que el cuerpo nos pertenece, porque obedece a nuestra voluntad, porque nos duele cuando es herido y porque nuestra propia evolución en el tiempo coincide con la de él, hasta el punto de que, cuando el corazón finalmente se para, dejamos de poseer un lugar en el mundo de la materia.

Sin embargo, esa posesión del cuerpo es relativa. Nuestra voluntad sobre él tiene límites. Para dar sólo un ejemplo, podemos querer no dormir para hacer otras cosas en esa tercera parte de nuestra vida que pasamos dormidos. Pero si tratamos de forzar a nuestro cuerpo a obedernos, él ganará al final la batalla y acabaremos rendidos sobre cualquier silla. Igualmente sucede con la respiración: podemos aguantarla un par de minutos, pero luego es el cuerpo el que boqueará, exigiendo el aire que tratamos de negarle. Eso, para no hablar de controlar las enfermedades o las infecciones: nada podemos hacer sólo a punta de voluntad. No podemos decirle al cuerpo: “concentra las defensas en la pierna junto a la herida”, “haz otro brazo que replazce el que perdí”, o “reconfigura tus huesos para darme el rostro que quiero”. Para conseguir cosas así, necesitamos ayuda ajena, bien sea en forma de una inyección de penicilina, una prótesis o el bisturí de un cirujano plástico.

Ciertamente, hacemos muchas cosas con nuestro cuerpo, y gracias a la voluntad y el entrenamiento es posible romper

algunos límites. Si entrenamos durante varios años, quizá consigamos estar en esa minoría capaz de correr 100 metros en menos de diez segundos (esto es, a unos 36 km/h) o hacernos faquires y dominar no sólo nuestro apetito sino al dolor mismo. Pero para ir más allá, para hacer realmente cambios radicales, se necesitaría algo más; sería preciso que nuestra voluntad fuera capaz de dominar lo más difícil, lo más inalcanzable: nuestro propio interior. Lo que implicaría reinar en la escala donde ocurre casi todo lo realmente importante cuando se trata del cuerpo: la microscópica.

Hoy nuestro control sobre el cuerpo es apenas superficial; es decir, apenas se queda en lo macro. Mientras más bajamos en la escala, más efímero se muestra ese control. Ya en un nivel celular —que no es modo alguno el último nivel, pues una célula es mil millones de veces mayor que su componente más pequeño—, la idea misma de control es irrisoria, pues, de hecho, básicamente lo ignoramos todo. ¿Qué nivel de conciencia tenemos sobre los cien billones de células que nos conforman? ¿Percibimos acaso la muerte de tres mil millones de células cada día y el nacimiento de otras tantas que las replazan? Ni siquiera somos capaces de eliminar a voluntad las células sobrantes —de grasa, por ejemplo— o las que podrían hacernos daño —las cancerígenas, entre otras—. Y menos aún somos conscientes de las células bacteriales que nos habitan y que superan en número a nuestras propias células en una proporción de diez a uno.

La ignorancia de nuestra conciencia sobre lo que pasa a nivel celular es correspondida por los actores principales de dicho nivel. Nuestras células suelen no tener consciencia de

lo que sucede con el cuerpo como un todo. Si alguien recibe un disparo en la cabeza y muere instantáneamente, algunas de sus células pueden seguir vivas por un par de minutos. Por eso la sangre que se derrama mancha el piso. Las células creen que aún están dentro del cuerpo, por lo que los leucocitos atacan el concreto y las plaquetas se solidifican en un intento de cerrar la brecha.



Con ello, se evidencia toda una serie de paradojas. La primera y la más importante: que lo que más somos, poco nos pertenece, porque desde cierto punto de vista tenemos más control sobre el automóvil que estacionamos en el sótano del edificio donde vivimos que sobre nuestro propio cuerpo. La segunda, que a pesar de que el cerebro humano ha demostrado ser la herramienta más poderosa creada por la evolución, la mente no puede controlar más que someramente el organismo que la sostiene. Por ello, aunque gracias al cerebro comprendemos nuestro propio cuerpo mejor que cualquier otro animal, la intervención más efectiva de ese conocimiento —a través de la medicina, por ejemplo— será siempre sobre un cuerpo ajeno, no sobre el propio, pues un cirujano sabio puede hacer maravillas, pero difícilmente

puede hacer una intervención a sí mismo que sobrepase el nivel más básico.

¿Cómo sería un orden distinto? ¿Una conciencia capaz de controlar cada célula? ¿Que nos adueñáramos verdaderamente de nuestro cosmos interior? Bastaría entonces para eliminar toda infección y casi cualquier enfermedad, con darles instrucciones a las células precisas. Y eso sería sólo el principio. Podríamos alterar nuestro aspecto a voluntad, sin necesidad de cirujanos ni dietas. Incluso podríamos cambiar de acuerdo con las necesidades, trabajando con las células cómo hoy trabajamos con las manos: cubrir nuestros órganos más sensibles con escudos de hueso reforzado, remplazar órganos o extremidades perdidas, o aun desarrollar alas, branquias o la capacidad de correr a grandes velocidades, si así lo quisiéramos... Incluso la última frontera, la inmortalidad, sería alcanzable, pues podríamos controlar el proceso de envejecimiento, ordenando la expulsión de los radicales libres y el remplazo de las células atrofiadas.

No obstante, hoy no estamos más cerca de esa meta que de viajar a otra estrella. Quizás incluso estemos más lejos aún, pues nuestra civilización se ha acostumbrado a trabajar en el cosmos externo, pero es una recién llegada en cuanto a experimentos en el interno. Aun así, ¿quién sabe? Hay tanto deseo insatisfecho en la especie humana que quizá un día consigamos los métodos para llevar nuestro deseo de transformación a nuestro propio interior. Después de todo, si vamos a jugar a ser dioses, no hay mejor lugar que la primera casa: nuestro propio cuerpo. Y si conseguimos que este se vuelva una extensión magnificadora de nuestra mente en lugar de sólo una herramienta, habre-

mos dado el salto más allá. Nos habremos vuelto dioses.

Dioses de nosotros mismos.

agarlon@hotmail.com



Grande alma

Eduardo Escobar

Gandhi dictó su autobiografía, *Lo que me enseñó la verdad*, en la cárcel, a uno de sus compañeros, entre 1922 y 1924. Otro libro suyo, *Satyagraha*, que quiere decir *Fortaleza espiritual*, narra sus luchas y vicisitudes en África del Sur.

El pensamiento del Mahatma Gandhi está basado en tres virtudes: verdad, afabilidad y pureza interior, y preconiza que la vida de cada hombre reclama una armonía entre el amor y la verdad. Para esto, el alma y el cuerpo deben estar exentos de toda pasión sensual. Gandhi abandonó toda actividad sexual y adoptó una vida de rígida abstinencia. De donde, según sus discípulos, derivaba la fuerza interior que le permitió derrotar el imperio inglés. Aunque Churchill había afirmado que el gobierno no podía doblegarse ante un santón vestido con una sábana.

Los Gandhi pertenecen a la casta de los Bania y en su origen fueron comerciantes al menudeo. Gandhi recordó siempre la santidad de su madre, una mujer profundamente religiosa. Él fue el menor de los tres hijos de Kaba Gandhi, quien se había casado y enviudado cuatro veces.

Gandhi nació en Porbandar el 2 de octubre de 1869. Allí pasó su niñez y asistió a la escuela. Él mismo recordaría más tarde que



era mediocre en matemáticas. “Mi memoria”, confesaba con humildad, “era pobre y mi inteligencia escasa”. Pero sobre todo, no podía entender lo que sus maestros le enseñaban sobre la religión: uno de ellos lo incitaba a hacer trampa en un examen de ortografía y, según uno de sus compañeros de colegio, comían carne y bebían vino en secreto. Esto fue lo que más escandalizó al joven Gandhi. Pero su amigo le dijo: “Somos débiles porque no comemos carne. Nos gobiernan porque son carnívoros”. Toda la vida de Gandhi fue una crisis, vivió siempre en una extraña tensión.

Sus padres eran *vaishvanas*, de fe inmovible. Su familia tenía incluso sus propios templos. Eran vegetarianos rigurosos. Pero arrastrado por sus amigos y convencido, pues, de que los indios no podrían vencer a Inglaterra mientras no comieran carne, decidió hacerlo él también. Junto al río, en compañía de su amigo, ocultándose como un ladrón, comió carne por primera vez en su vida. Con pan, y cocida a la manera inglesa. Ni el pan ni la carne le gustaron. “La carne de cabra es dura como una suela”, dijo. Esa noche, lleno de remordimiento se preguntaba qué dirían sus padres si supieran que había roto un tabú tan arraigado en su pueblo. Y tuvo pesadillas. Soñó que lleva dentro una cabra viva que manaba sangre.

Durante su juventud, Gandhi, como todos los indios con alguna

instrucción, leyó el *Ramayana*, la epopeya nacional, que cuenta la historia de Rama y su amada Sitá. Y leyó el *Bhagavad Gita*, que forma parte del otro libro fundamental de la India: el *Mahabharata*. Pero lo hizo con desinterés, como hacemos siempre con los deberes escolares que más parecen diseñados, siempre y en todas partes, para fomentar el odio al estudio que para enriquecer a las personas.

Después de obtener su bachillerato Gandhi marchó a Inglaterra un 14 de septiembre. Al llegar sintió vergüenza de su traje blanco. Cayó en una inmensa desolación. Sobre todo lo atormentaba la puja entre la obediencia a sus padres y el vicio secreto, que seguía ejerciendo, de comer carne.

En Inglaterra, leyó el libro de un tal doctor Salt, en defensa de los vegetarianos. Y Gandhi renunció otra vez a la carne. Entonces, se hizo vegetariano radical, ya no por imposición familiar, sino por convencimiento. Un tiempo incluso fue frugívoro estricto.

Es sorprendente que Gandhi viniera a descubrir en Inglaterra la importancia del *Gita*. Mientras tanto se acercó también a la poesía inglesa. Leyó el *Canto celestial* de Edwin Arnold. Y a Shaw, otro vegetariano legendario. Además, visitó las logias de Madame Blavatsky y de Annie Besant, profetisas del cristianismo esotérico, y directoras de la famosa sociedad teosófica de donde habría de surgir Krishnamurti. En esos grupos de sabios recónditos, Gandhi realiza un gran descubrimiento que cambiará muchas cosas en su vida interior: el *Nuevo Testamento*. Aunque había querido leer la *Biblia*, no había conseguido terminar el Antiguo, pero el Nuevo lo impresionó. Sobre todo “El sermón de la montaña”, tocó lo más hondo de su corazón.

La actividad política de Gandhi apareció de improviso en su vida, sin que él la buscara. Fue como si estuviera predestinado. Mientras ejercía su profesión de abogado, escribió artículos contra la discriminación racial en África del Sur y un folleto acerca de la discriminación que reprodujeron los principales periódicos lo convirtió en un hombre famoso. Unos querían molerlo a palos. Otros estaban dispuestos a dar la vida por él, en defensa de sus ideas. Era odiado y aclamado.

El 22 de noviembre de 1915 Mohandas Karamchand Gandhi, conocido ya por su defensa de la población india en África, regresa a la India tras diecisiete años de ausencia. Y es recibido como un héroe. Pero sorprende a la opinión cuando anuncia el apoyo de su partido, el Congreso Nacional Unido, a Inglaterra, mientras dure la guerra de Europa. Estaba convencido de que frenando sus demandas independentistas, el Reino Unido premiaría su lealtad más tarde.

Como el Reino Unido decepciona sus esperanzas, en 1920 el comité central de su partido aprueba el programa de Gandhi para liberar a su patria del dominio inglés. El programa preconiza la lucha no violenta y la desobediencia civil. Gandhi apela al bloqueo de los pobres, incita a los indios a no consumir mercancías inglesas y abandonar las escuelas dirigidas por el gobierno colonial.

El 18 de marzo de 1922, Gandhi es encarcelado. El pueblo que ya lo llamaba Mahatma, “Grande Alma”, asume su propuesta de la desobediencia civil contra las autoridades coloniales. En todos los templos de la India oran por su libertad. Gandhi, activista original, declaró la “guerra de la rueca”, con la cual aspiraba a sabotear el mercado de los tejidos ingleses

en su país. En cada casa india había una rueca en movimiento que hacía sentir su murmullo en la metrópoli.

En 1924 muere Lenin. Y muere Franz Kafka. En 1929, Gandhi realiza el mayor desafío al imperio inglés con su marcha de la sal hacia las minas de Jalapur. Cada manifestante toma un puñado de sal en protesta contra el monopolio ejercido por el gobierno. Gandhi ha advertido a sus seguidores que si la policía interviene, deben abstenerse de la violencia. Gandhi es encarcelado en la prisión de Poona. India se incendia. Hay choques sangrientos a todo lo largo del subcontinente. El virrey inglés es obligado a negociar con Gandhi, quien se compromete a desmontar su desobediencia civil, a cambio de que el virrey decrete la amnistía de los presos políticos y levante el monopolio de las salinas. Gandhi viaja a Londres otra vez, para entablar conversaciones con el gobierno imperial.

En septiembre de 1932 inicia una huelga de hambre en la prisión de Poona, y conmueva la India. Esta vez lo hace contra la ley electoral que niega a los parias o intocables el derecho a votar. La salud de Gandhi, ya resentida por la abstinencia sexual, el trabajo, la oración y el hambre, se ve afectada por el ayuno. Y la administración inglesa cede una vez más ante este santón en los huesos vestido con una sábana.

El 4 de julio de 1933, Gandhi regresa a la cárcel por reanudar el ejercicio de la desobediencia civil. El 26 de abril de 1934 sufre un atentado. Aunque el apóstol de la no violencia resulta ileso, tres de sus acompañantes son heridos. El ataque es realizado por indios ortodoxos partidarios del infame sistema de castas, uno de los rasgos culturales de la India que más lo avergonzaba. Gandhi amenaza con la huelga

de hambre si sus seguidores osan tomar represalias contra los instigadores del atentado.

Después de renunciar a la dirección de su partido, Gandhi es puesto preso otra vez en 1942 junto a su amigo el Pandit Neru y otros diecisiete dirigentes. La noticia de su detención desencadena nuevos disturbios. En 1945 su benevolencia escandaliza al mundo. Propone una paz sin castigos ni retaliaciones para Alemania y Japón, mientras se enfrían los rescoldos atómicos de las bombas norteamericanas sobre la población civil en Hiroshima y Nagasaki. Ese mismo año muere Béla Bartók. Y Gandhi y Nerhu exigen la retirada de las tropas británicas del territorio indio. El 15 de agosto de 1947 India y Pakistán consiguen por fin la independencia. Pero antes de que pudiera conmemorar el primer aniversario de la liberación, en enero de 1948, Gandhi es asesinado. A los disparos del hinduista fanático, respondió con una sonrisa. Dicen que tomaba Reserpina.

El hombre había dicho: “los pobres son un error: un crimen, y un pecado”.

Y su cuerpo fue quemado.

eleonescobar@hotmail.com



Del plagio como una ciencia exacta

Julio César Londoño

Los escritores leen poco y mal. Son pésimos lectores porque viven extasiados con el sonido de su propia voz, y cuando leen algo es para ver

qué pueden raponear. Claro que el plagio no es malo *per se*; todos los autores lo practican con aplicación y casi sin rubor.

Por lo demás, es un tema que ha perdido vigencia. Los últimos que se tomaron en serio el plagio fueron los autores de preceptiva, unos buenos hombres que tenían que vérselas con la definición precisa de ese delito y decidir dónde terminaban las coincidencias y donde comenzaba el palimpsesto sospechoso. Hoy en día apenas se lo menciona, porque hace más de cien años que André Gide zanjó para siempre la cuestión: “El plagio se justifica cuando involucra el asesinato”. Lo dijo pensando en esos plagiarios que mejoran tanto lo que se roban, que luego nadie quiere saber de quién era el original. Como Sófocles, que pone en labios de Tecmesa (*Ajax*) las mismas palabras que Andrómaca le dirige a Héctor en el libro VI de la *Iliada*; o Shakespeare, notable saqueador de los centones de Holinshed; o Heine, que le robó el Fausto a Goethe, que lo había tomado del folclor alemán; o Dylan Thomas, que copió sin rubor alguno *La playa de Falesá* de Robert Louis Stevenson; o Nathaniel Hawthorne, que se curaba en salud poniendo en la portada “cuentos contados otra vez”; o Pierre Menard, el escritor virtual que sigue cosechando aplausos reales con el sencillo expediente de copiar punto por punto el *Quijote*; o Jorge Isaacs, que le raponeó el cuervo a Edgar Allan Poe para asustar a María; o García Márquez, cuyos alquimistas tienen un aire al protagonista de *La búsqueda del absoluto* de Balzac, como bien lo señaló, verde de la envidia, Miguel Ángel Asturias.

Claro que hay plagios de plagios. Tomar cosas del folclor es lícito, porque al fin y al

cabo se trata de un patrimonio colectivo; de manera que al tomar argumentos de ese filón no estamos robando: sólo tomamos los dividendos de un legado que nos pertenece. Pellizcarle un giro o una idea a una celebridad (Dante, Poe o Rulfo) es tan censurable como birlarle un centavo a un magnate. Pero robarle toda una novela a una maestra de escuela, como hizo el gilipollas de Camilo José Cela, es un pecado execrable.

Quizá la posición más noble sobre el tema sea la de Borges, que consideraba la literatura un ejercicio colectivo, una sola plana que las generaciones corrigen y corrigen. Quizá por eso nunca estuvo especialmente orgulloso de sus éxitos ni muy avergonzado de sus fracasos, ni se molestó en ocultar que su obra era una larga serie de variaciones; es decir, un autoplagio. Por eso escribió en la primera página de *Fervor de Buenos Aires*: “Si las páginas de este libro consienten algún verso feliz, permóneme el lector la descortesía de haberlo usurpado yo previamente. Nuestras nada poco difieren; es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios, y yo su redactor”.

Todos hemos cedido alguna vez a la tentación de contar con nuestras palabras cuentos ajenos. Unas veces lo hacemos porque no tenemos a mano el original; otras, por la secreta pretensión de que podemos mejorarlo. Hay una tercera posibilidad, vanidosa y humilde a la vez: nos apropiamos de historias y versos ajenos para soñar, por un momento, que son nuestros.

jclondonos@gmail.com



Una tarde (y un siglo) con Ciro Alegría

Juan Carlos Orrego

Hace cien años, en noviembre de 1909, nació en la hacienda Quilca (provincia de Huamachuco, departamento de La Libertad, Perú) el escritor Ciro Alegría Bazán. Hoy, después de sus días como alumno del turbio César Vallejo, de las tres novelas que lo lanzaron a la fama internacional —*La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1939) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941)— y de una muerte gris que a partir de 1967 lo convirtió en estación de la guía turística ofrecida en el rancio Cementerio Presbítero Maestro de los extramuros limeños, lo sobreviven su última esposa y cinco hijos de dos matrimonios. El más joven de ellos, Ciro Alegría Varona, es prueba patente de un genio literario que, si no de familia, acaso sea propio de un nombre que más parece seudónimo: Ciro Alegría.

En una mesa del café al aire libre de la Pontificia Universidad Católica del Perú veo a un hombre pálido, de frente larga y despejada, ojos cansados y nariz que insinúa —sin lograrla— una terminación de gancho. Alguien lo llama “profesor Ciro” y ratifica lo que el solo recuerdo de la foto del padre en las contratapas de sus novelas ya hacía evidente. Nos saludamos y, a un mismo tiempo como galantería suya y como colombianísima carta de presentación de mi parte, hablamos de las populares ediciones que el sello Oveja Negra hiciera de la obra narrativa de Ciro padre a principios de la década de los ochenta. El hijo no

se sorprende cuando trato de impresionarlo con la noticia de que poseo la más peregrina de dichas ediciones —la incompleta novela penitenciaria *El dilema de Krause*— y soy yo quien se inmuta cuando él, volviendo solemnemente sobre su recuerdo, me dice: “Eso fue una gran cosa. La misma gente de la editorial vino hasta Lima a buscar a mi mamá para pedirle que los dejara editar toda la obra”.

Ciro Alegría Bazán es filósofo y no ha pergeñado ninguna página de ficción. Sin embargo, su voz enuncia episodios de sus viajes por la sierra del norte peruano con el entusiasmo de quien apenas se contiene para ponerlos por escrito. Me cuenta que, caminando junto con su esposa por un abra pavorosa y a lo largo de un camino impracticable, una india hierática lo alentaba desde una cima avanzada: “Valor, gringo”. Me habla de caballos atascados en el fango, de asechanzas de “curiosas” (brujas) y de menesteres médicos improvisados en la soledad de una senda montañosa. Por un momento creo que tengo ante mí a Ciro Alegría Bazán, y que lo que escucho es aquella historia —hasta entonces solo leída— del fatigante viaje a Otuzco con un primo, durante los peores días de la peste de gripa de 1918, cuando fueron admitidos ambos, a regañadientes, en la posada de un italiano de mirada aviesa que creía haber alojado a dos heraldos negros de la muerte: el primo del escritor, sentado a la mesa del figón andino, tosía como un condenado.

El filósofo me dice, sin aspavientos ni vanagloria, que acaso él sea el más “alegría” de la familia; y aunque sabe que, ante lo conversado, no tengo dudas de ello, me ofrece generosamente una nueva prueba de su carácter: me confiesa que en su prime-

ra y única visita a Medellín, el año pasado, se confundió impunemente con los poetas que, reunidos con motivo de su festival anual, se entregaban a una ruidosa fiesta hotelera. Mientras lo escucho pienso que alguna sentencia de Borges autorizaba aquel desliz: la filosofía quizá no sea otra cosa que una singular especie literaria. Supongo que tanto su oficio metafísico como el ministerio del padre hicieron posible la comunión de Ciro con aquellos desfachatados hermanos líricos.

Nuestra conversación acaba con los últimos ecos del entusiasmo con que recordamos dos remotos cuentos de naufragio del escritor de Huamachuco: uno, la curiosa leyenda de Maese Falco, quien, abandonado en una isla colombiana, vence al diablo en un torneo de preguntas científicas; el otro, una nueva versión de la historia de Pedro Serrano contada por Inca Garcilaso de la Vega, y cuyo escenario es, también, un cayo colombiano. Ciro Alegría Varona bromea con mis derechos patrióticos sobre los dos relatos, y me promete que averiguará, en el arrume documental guardado celosamente por su madre, el año en que los cuentos fueron publicados originalmente. Ambos sabemos que se trata de un pretexto para seguir en contacto. Porque, más allá de la charla amena en torno a un café posiblemente cusqueño, media entre nosotros una razón fundamental para celebrar sólida compinchería: ambos perdimos el padre a la más tierna edad. La fotografía que nos sacamos deja ver esa alegría huérfana.

languidamente@gmail.com



Luis Fernando Mejía

Los habitantes de Colombia han recibido en los últimos años una noticia repetida que produce una sonrisa de satisfacción o de incredulidad. Según encuestas realizadas por distintos organismos internacionales, los colombianos son dichosos. El país ocupa el segundo o el tercer lugar en la clasificación mundial de felicidad. Siempre está en el lote puntero, por encima de Suiza, Austria, Estados Unidos y Francia, por ejemplo.

Definir la felicidad ha sido tarea inacabada de los filósofos de todos los tiempos. Sin embargo, eso no ha afectado a los colombianos, quienes, parece, no están pendientes de la última discusión teórica sobre el tema. Afirman ser felices y punto. Valdría la pena, eso sí, realizar simultáneamente estudios sobre los países más mentirosos o más aparentadores del planeta, lo cual podría dar mayor certeza sobre asuntos tan subjetivos o caprichosos como los mencionados. En Colombia resulta común que gente evidentemente pobre no se reconozca como tal y se clasifique como perteneciente a la clase media, categoría social que actúa como licuadora humana que mezcla logros, derrotas y esperanzas en una perenne convivencia.

Sobre la declaración de felicidad atribuida a los paisanos debe actuarse con cautela, vaya y resulte que los millones de desplazados por la violencia se rati-fiquen solemnemente como seres que gozan de su infortunio por aquellas cosas que la razón nunca entenderá a plenitud. Igual fenómeno podría suceder con los eternos y nuevos desempleados, grupo creciente que podría gozar la experiencia de sentirse siempre

más acompañado en su desamparo. De la misma manera los indígenas y los negros, invariablemente perseguidos y humillados, se podrán percibir aliviados porque un blanco les predicó que: “no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista”. Quedan los que viven del rebusque diario, quienes, aunque al borde del abismo, no dejan de saborearse un paseo a Coveñas con toda la familia en un bus de Bello. Por supuesto que los que viven en la calle, debajo de los puentes o en tugurios pueden confundir con sus muecas inverosímiles a un novel encuestador que las interpretará como una sonrisa, esa misma que también se acostumbraron a exhibir los pobres del salario mínimo, domesticados por el dicho vergonzante “si hay pobreza que no se note”.

En otros espacios del territorio colombiano, más ordenados y más formales, con jornadas de trabajo extenuantes, se ha vuelto obligatorio ser feliz. Siempre hay que tener una actitud positiva, y millones de pesos se gastan en conferencistas, magos o recreacionistas profesionales que, en fines de semana completos, repiten el sabio consejo sobre el lado optimista de las cosas ante un ansioso auditorio, para terminar en aplausos y abrazos que deben resistir cualquier oprobio hasta otra indefinida reunión de convivencia.

El derecho a la tristeza no se ha consagrado en las costumbres patrias, porque ella no apasiona ni hincha el corazón. Los tristes, excluidos y discriminados son los leprosos modernos. No se permite que la tristeza llegue y evolucione hasta desaparecer, si ello es posible, pues debe agregarse al costo de la infelicidad el deber de disfrazarla de dicha. Algo tan natural como la tristeza termina en una insostenible existencia postiza.

Pero parece que la idea de esconder las desgracias personales se tomó el país, sin distingos de

clase, raza, sexo, edad, opinión política o religiosa.

A pesar de la trágica realidad que los atrapa, los colombianos siguen afirmando con intrepidez candorosa que son felices. Ni siquiera admiten, pensando en el proverbio chino, que el pájaro oscuro de la tristeza vuela sobre sus cabezas, y menos que anida en sus cabelleras.

Dichos como “a mal tiempo buena cara” terminaron imponiéndose en la población, a la manera de un mandato incuestionable que tiende a incorporarse como elemento adicional y estable de la mente humana. Es mal visto exhibir angustias, dolores o preocupaciones, aunque sea ante un anónimo encuestador. Las debilidades no son de recibo en una sociedad que ensalza a los triunfadores a cualquier precio o crimen. Reconocer debilidades es exponerse a la voracidad de los fuertes.

Los futuros encuestadores no deberían preguntar si somos o no felices. La indagación directa aparta el camino más corto para llegar a las verdades del alma. Los encargados de tan delicada pesquisa deberían dar un rodeo: observar a las personas cuando están solas, registrar sus rostros, captar sus gestos y examinar sus formas de andar. Este cuadro puede ser más revelador que una comprometedor pregunta, que en Colombia puede ser calificada de indiscreta, por decir lo menos. Por lo demás, va siendo hora de cambiarle el nombre a la felicidad, por uno más modesto, menos trajinado, que tenga en cuenta alegrías pasajeras, como la de descubrir frágiles mentiras en una nación que sigue sin conocerse a sí misma. La palabra felicidad bien podría sustituirse por la expresión *etjgrko*, lo que asegura que nadie la pronuncie y que únicamente se pueda sentir.

lfmejia@udea.edu.co



Rupay: Perú sangriento

Álvaro Vélez

En una entrevista concedida por el dibujante norteamericano Joe Sacco, quien practica una forma de periodismo en historieta y cuyas obras más conocidas, *Palestina* y *El Mediador*, tratan sobre el problema del Medio Oriente y la guerra de Yugoslavia, respectivamente, al preguntársele si estaba interesado en llevar al cómic —tal como sus anteriores trabajos— un tema de América Latina, Sacco respondió: “creo que en Latinoamérica hay dibujantes que pueden contar su propia historia”.

Recordé esas palabras de Joe Sacco mientras leía un relato desgarrador en historieta: *Rupay. Historias gráficas de la violencia en el Perú, 1980-1984*, de Luis Rossell, Alfredo Villar y Jesús Cosío. Como lo anuncia su título, *Rupay*¹ es un recuento de hechos, dibujados en cómic, sobre la violencia que vivió el Perú en la primera mitad de la década de los ochenta a manos del naciente grupo guerrillero maoísta Sendero Luminoso, así como de las fuerzas armadas del Estado.

Es en Ayacucho, especialmente, donde se cuentan las incursiones violentas de los subversivos y de las fuerzas del Estado, desde la primera acción que capta la atención de los medios de comunicación: el ataque de Sendero Luminoso al puesto de Tambo, en el poblado de Chuschi (el 17 de mayo de 1980), con un saldo de un padre, su hijo de nueve meses y un policía muerto. Lo que vendrá después, según el relato de *Rupay*, es una serie de retaliaciones por parte de la Policía y del Ejército Nacional, seguidos también por nuevas incursiones de Sendero Luminoso, como el

ataque a la cárcel de Huamanga (2 de marzo de 1982) y un poco más tarde el ataque al hospital de este mismo lugar, perpetrado por la Policía Nacional; la toma del poblado de Vilcashuamán (el 31 de marzo de 1982), por los senderistas; la toma del pueblo de Chungui a manos también de la guerrilla (a mediados de 1983) y la posterior retaliación del Ejército Nacional; las brutales prácticas de los senderistas quedan registradas y la posterior matanza en el pueblo de Lucamarca (en febrero de 1983), al igual que los abusos de la Policía frente a la población en la matanza en el pueblo de Soccos (en agosto de 1983). Éstas y otras infamias son narradas, con dibujos, en *Rupay*.

Y en medio de todo, el pueblo del Perú, particularmente el de Ayacucho. Poblados habitados por indígenas campesinos o comuneros, olvidados durante décadas por los gobiernos. Esos habitantes son piezas de cambio en un conflicto entre una subversión despiadada y las fuerzas armadas legales que gustan casi siempre de procedimientos ilegales. Los comuneros son acusados de “terrucos” (senderistas) o de colaboradores de la policía y el ejército, todo depende de quién los acuse, y el ajusticiamiento de estos supuestos traidores no tiene límites: violaciones, masacres, torturas, desapariciones.

Las historietas del libro están a la medida de los acontecimientos narrados. Los dibujos explícitos muestran los brutales actos cometidos contra el pueblo peruano. Pero no sólo los dibujos testimonian los acontecimientos de manera cruenta. El cómic, dibujado en escalas de grises, en varias ocasiones se mancha de rojo como un recurso que usan sus autores, al colorear la sangre con tinta roja.

Algunos autores, en otras latitudes, han utilizado los cómics para narrar hechos cruentos, como es el caso de Art Spiegelman

y su obra *Maus*, sobre el holocausto judío; el mismo Joe Sacco dentro de la franja de Gaza, con *Palestina*, o entre los escombros de Sarajevo, en *El Mediador*; el régimen macabro de la dictadura argentina escrito por Juan Sasturain y dibujado por Alberto Breccia en *Perramus*; o el asfixiante régimen iraní de los Ayatolas, narrado por Marjane Satrapi en *Persépolis*.



De esas mismas fuentes y de esas influencias parece nutrirse *Rupay*.

Los relatos de abusos, violaciones y muertes en ese Perú sangriento que recopila *Rupay*, son también los relatos de sangre de otros conflictos en los que la sociedad está en medio de dos fuegos. No puedo dejar de pensar en el conflicto colombiano cuando leo los procedimientos macabros efectuados por Sendero Luminoso, la Policía Nacional y el Ejército peruano; en el dolor de las poblaciones que viven el azote de uno u otro agente armado, en la total inoperancia de la dirigencia nacional o, lo que es peor, en su directa participación en hechos de sangre. De ese modo, *Rupay* no sólo es un relato de la violencia en el Perú en una época específica; es también una crónica del abuso en América Latina, o en las naciones de la región que han padecido, en las últimas décadas, la crueldad de un conflicto armado, porque es apabullante la similitud de ese *modus operandi* con las formas de proceder de los actores armados en el conflicto colombiano.

En uno de los relatos el narrador se pregunta: “¿Qué sucede cuando se le da a un Ejército poder absoluto sobre la vida de las personas? ¿Quién regula los límites de sus acciones sobre la población en una guerra?”. Más adelante las preguntas sin respuesta aparecen de nuevo: “¿Encontrarán finalmente las víctimas a sus familiares? ¿Podrán reclamar justicia a sus victimarios?”. Y, finalmente, una sentencia que nos parece familiar: “Más allá de la historia oficial sobre la derrota del terrorismo, las miles de víctimas de Sendero Luminoso y las fuerzas armadas y policiales nos hablan de una sociedad fracturada...”.

Tenía razón Joe Sacco en aquella entrevista. En América Latina existen, y desafortunadamente existirán durante mucho tiempo, relatos de dolor y sangre. Pero también, y para nuestra fortuna, empiezan a aparecer dibujantes de historietas que son capaces de contar parte de esas desgarradoras historias, sumándose además a otras manifestaciones que, antes y después, han puesto en evidencia los errores y horrores de un subcontinente.

truchafrita@hotmail.com

Profesor de la Universidad de Antioquia.

Notas

1 En voz quechua *rupay* significa quemar, arder.



Parcas mexicanas

Eliseo Gil

Sucedió a fines de junio en el D.F., la noticia la reprodujo la prensa internacional sin mayores comentarios. Dos lucha-

dores conocidos como *La Parkita* y *Espectrito II*, fueron encontrados muertos en una habitación del hotel La Moderna, cerca a La Arena Coliseo de la ciudad de México. Habían llegado allí, acompañados de dos mujeres, luego de su presentación dominical. El conserje halló los cadáveres después de que las acompañantes abandonaran precipitadamente el lugar. La policía descubrió que les habían robado las pertenencias, incluidas las máscaras, matándolos de paso con una buena dosis de tequila mezclado con gotas para los ojos, un coctel excesivo incluso para un mexicano. Para los uniformados, las mujeres hacen parte de una banda conocida como “Las goteras”, cuyo *modus operandi* es siempre el mismo: darle de comer y beber al sediento, sólo que a ratos se muestran demasiado caritativas.

El suceso, uno más entre los muchos que genera el país mexicano, tan pintoresco y excesivo cuando de la realidad se trata, mueve también a una sonrisa. La razón está seguramente en los nombres del par de víctimas: *La Parkita* y *Espectrito II*, tan curiosos, que uno no imagina puedan corresponder al de un par de salvajes protagonistas de la lucha libre, un espectáculo que allí tiene más devotos que la Virgen de Guadalupe.

Ignoro que clase de profesionales eran y si lograban con las dobles Nelson, el torniquete o las patadas voladores, aplicadas a algún desvalido contrincante, despertar el entusiasmo del público dominical. Pero para el oficio que tenían que cumplir, sus nombres, podían ser suficientes. Esto y la parafernalia con que se hacían acompañar: máscaras, capas y coloridas mallas, de estilo gótico (falso), que los hacía parecer figuras de Halloween.

No creo que exista alguien sensato que tome en serio esta

clase de espectáculo. Asombra que en México tenga un público fiel que no falta a la cita dominguera y, más aún, que se le guarde culto más allá del ring a unas cuantas figuras convertidas en íconos nacionales, como *El Santo* o *Blue Demon*, y a los descendientes que continúan la mascarada, como si una vez no fuera suficiente.

Héroes de la cultura popular, como los llaman los sociólogos, en ese camino se ha llegado ya al límite. Bautizar a alguien como *La Parkita* y *Espectrito II* (lo que indica que ya hubo un *Espectrito I*, el padre seguramente), sin pensar en lo que implica un nombre, así sea para la arena, es el colmo de los colmos. Estoy seguro que en lo acontecido, tuvo mucho que ver con esto.

Los nombres, contrariamente a lo que se dice u olvida, no son asunto pasajero. Ellos nos resguardan de la vida, son la primera idea que los demás se hacen de nosotros y, no sería exagerado decir, son también la razón de que nuestro destino sea afortunado o no. Nadie que se llame Ulises, por ejemplo, está para atender una ventanilla de oficina pública.

Mayor cuidado y consideración debió tener, pues, quien colocó a este par de hermanos desgraciados tal remoquete. Necesitó ser más serio y evitarles ese estigma, el malentendido de estar asistiendo a una piñata permanente, tratándose de la lidia con la existencia.

Estoy convencido de que a causa de sus chistosos apodos, que no implicaban el mayor riesgo, *Las goteras* —esas parcas mexicanas— procedieron como procedieron... calculando mal las medidas de tequila y colirio que no se ofrecen ni al peor enemigo.



NÚMERO 62



FELIZ VIAJE, SEÑORA GEORG

Cuento de Julián Silva Puentes
Ilustraciones de Juan Manuel Ramírez

El asesinato del editor de *The Sunday Leader*: BALAS Y PERIODISTAS

Introducción, traducción del inglés y notas de Lina Cuéllar Wills
Ilustraciones de Olga Lucía Aldana

ESCENAS ÁRABES

Fotografías y texto de Jorge Mario Múnera

LA FIESTA DE LA ALEGRÍA

Crónica y fotografías de Juana Hianaly Galeano

ROAD MOVIE

Cuento y fotografías de Mauricio Montiel Figueiras

DARÍO CASTRILLÓN: ¿UN «PRÍNCIPE» DE LA IGLESIA EN EL PURGATORIO?

Ensayo de Édison Marulanda Peña
Imágenes de Nicolás Lozano

«TOBACCO. ENGLISH SPOKEN. MANUELA SÁENZ»

Artículo de Óscar Guarín Martínez

GRABANDO A BEATRIZ GONZÁLEZ

Texto y Fotografías de Diego García Moreno

LOS EXTRAÑOS PRESAGIOS DE LEÓN PROZAK

El placer de pintar y dibujar en el tiempo
Reportaje de Liliana Merizalde

TARZÁN, DEFENSOR DEL PLANETA

Fabiola Beltrán-Fimat

RESEÑAS

¡Vuelvan caras, carajo!, de Rafael Baena, por Alberto Quiroga; *La hija del sepulturero*, de Joyce Carol Oates, por Aarón Ossiaz; *Divisadero*, de Michael Ondaatje, por Ana López; *A las puertas de El Uberrimo*, de Iván Cepeda y Jorge Rojas, por Julio Arenas; *Elefanta Suite*, de Paul Theroux, por Luis Felipe Valencia Tamayo; *Vuelo mágico de Orión y los animales mitológicos. Un estudio del arte simbólico precolombino de Colombia*, de Luz Myriam Gutiérrez y Manuel Alberto Torres, por Fernando Urbina Rangel; *Era lunes cuando cayó del cielo*, de Juan Diego Mejía, por John Galán Casanova; *Autogol*, de Ricardo Silva, por Álvaro Castillo Granada; *Retratos y encuentros*, de Gay Talese, por César A. Mackenzie; *El apetito de la lujuria. Libelo, censura eclesíastica y argumentación en la prensa del Huila (1905 - 1922)*, de Juan Carlos Acebedo Restrepo, por Fabio López de la Roche.

INCLUYE LAS SEPARATAS

«Desde la cultura:
salidas innovadoras al conflicto»

En Casa América Catalunya
«Jornadas: Colombia sin subtítulos»

«Ya vuelvo. Carlos Pizarro, una vida por la paz»

Suscríbese a Número por sólo \$35.000 al año

Para mayor información: Dirección: Cra. 19B No. 85-40 Bogotá • Teléfonos: 635 8012 - 635 8013

Suscripciones: 691 8678 - 691 8679 • e-mail: numero@revistanumero.com

Revista *Número* se encuentra en las principales librerías y tiendas de cadena del país.

Consulte la versión en Internet: <http://www.revistanumero.com>